

Eran las seis de la tarde de un día de fin de agosto, durante el cual había hecho un calor abrumador y pegajoso, aunque el sol canicular, tamizado por blancas nubes, no hubiese mostrado su rubicunda faz en todo el día. El estrecho muelle del *Horloge*, en el que está situado el Palacio de Justicia, estaba casi desierto. En aquel momento no había en él más que un centinela al lado de la garita de la Conserjería y, apoyado en el parapeto, un solo paseante que contemplaba la corriente del Sena, con la barbilla apoyada en ambas manos.

En aquel sitio los muelles de París caen á plomo sobre el agua, la cual, más encauzada allí que en los demás parajes, corre impetuosa y se precipita en espumosos remolinos de aspecto poco tranquilizador. El lugar es, en efecto, peli-

groso para las embarcaciones pequeñas y hasta para un buen nadador. Los marinos llaman « el arco del Diablo » al primero del *Puente-au-Change*, que es el más próximo. Más de una lancha y hasta alguna voluminosa barcaza se han estrellado contra ese puente, impulsadas por la corriente impetuosa.

Si el hombre que miraba obstinadamente correr el agua rápida y como encolerizada tenía deseos de ahogarse, el sitio estaba en verdad bien elegido.

El paseante era joven, á juzgar por su esbeltez y por la abundancia de sus cabellos negros y ondulados, cubiertos con un pobre sombrero de paja. Su menos que modesto traje gris, ajado hacía mucho tiempo en aquel cuerpo desmedrado, mostraba por todas partes la trama, pero las manos limpias, la ropa blanca aceptable y las botas embetunadas daban á conocer uno de esos pobres que no se abandonan, que luchan y que tratan de presentarse lo mejor posible.

Arrancándose de repente y como con esfuerzo á la contemplación del río, el joven se puso derecho y dió algunos pasos hacia el Puente Nuevo, cojeando un poco. Su cara, de finas facciones pero pálida y demacrada, en la que brillaban dos ojos negros de espesas cejas, expresaba un gran

abatimiento moral. Dirigió una mirada sombría á las vetustas torres del Palacio y, en seguida, bien fuese porque el cansancio le rindiese, bien porque la vista del agua ejerciese sobre él una misteriosa atracción, volvió á apoyarse en el parapeto, con la cabeza entre las manos, y permaneció como anonadado en aquella actitud.

Aquel infeliz desocupado, de los que el observador encuentra á cada paso ejemplares entre la multitud; aquel desesperado paseante, no era otro de Cristián Forgeat, el antiguo penado, que libre á la mayor edad, según la ley, hacía cuatro años arrastraba su miseria por las calles de París.

¿Qué había hecho de aquel joven el sistema de moralización tan admirablemente aplicado en la Colonia y puesto por las nubes todos los años en rimbombantes informes, tan pronto escritos como relegados al fondo de los archivos? ¿Qué buenos resultados habían obtenido en el corazón y en la inteligencia de aquel pobre diablo la irascible brutalidad del capitán Guijarro, la ferocidad de los inspectores, el calabozo, el cuarto de disciplina y la vida en común con un puñado de jóvenes podridos hasta la medula? El cultivo de las coles y de las zanahorias, ¿había suscitado en su imaginación el genio de la égloga ó desenvuelto sus facultades para el arte de Triptolemo ó de

Mathieu de Dombasle? ¿Acaso el joven se habría sentido impulsado por una imperiosa vocación hacia la noble carrera de la cepillería barata?

Digámoslo muy quedo. El maravilloso programa de educación, mezcla de agricultura, confección de cepillos y malos tratamientos; el perfecto método de enseñanza para niños abandonados que había valido á sus autores tantas gangas y cintajos, hubiera probablemente transformado á Cristián en un malvado de la peor especie, sin la presencia, absolutamente casual, en la colonia, de aquel enfermizo maestro de escuela, de aquel tísico moribundo, llamado Simón Benoit, que había cobrado afecto al pequeño penado.

Mientras vivió aquel agonizante de corazón henchido de ternura y de compasión, sopló con su aliento agotado y logró avivar la débil llama del honor, que ardía todavía en el alma del pobre niño. Cuando perdió aquel precioso amigo Cristián tenía ya la edad de la razón y aunque tuvo que pasar aún algunos años en la cloaca moral de la Colonia, el recuerdo del muerto veló sobre su conciencia y el joven llegó sin corromperse gran cosa al momento de su libertad.

Cristián no creía cobrar más que su masita, cien francos apenas, que era todo lo que había ganado manejando durante tantos años las tablas

y la erin, sin que por eso disminuyera ni en cinco céntimos el precio de los cepillos ni el de las bruzas. Pero en aquella hora decisiva se hizo sentir aún la influencia de Simón Benoit, pues el joven se encontró con que el maestro, al morir, le había nombrado heredero de todas sus economías, unos cuatrocientos francos, y de su reloj, un pesado « cebollómetro » de forma antigua que Cristián debía guardar siempre, según el testamento. El detenido era mayor de edad y la administración le entregó el dinero y la alhaja. Más feliz, pues, que sus compañeros, cuando salió Cristián de la Colonia, no estaba desnudo y sin recursos.

En el asiento del coche de tercera que le llevaba á París, Cristián Forgeat, con los brazos cruzados y cerrados los ojos para que nada le distrajera de sus pensamientos, se puso á hacer proyectos para el porvenir. Al salir de la Colonia le habían dado las señas de un industrial que le daría trabajo, favor concedido al penado de buena conducta. Pero el joven conocía que no era muy diestro en el arte de hacer cepillos y que nunca ganaría más que un mezquino jornal. Por otra parte sentía cierta repugnancia de confesar su deshonra y de presentarse como un antiguo penado. Su ambición era mayor. Guiado y animado en otro tiempo por

Simón Benoit, no sólo había terminado con aprovechamiento la instrucción primaria, sino hecho útiles y sustanciosas lecturas y aprendido á discurrir un poco. Con tiempo y dinero en el bolsillo, pensó que podía encontrar algún empleo de oficina, procurarse una vida menos embrutecedora que la de obrero y, sobre todo, huir de una clase en la que estaría expuesto á encontrar á sus antiguos compañeros y en la que le perseguiría el pasado. Sí; quería probar. El maestro se lo había aconsejado así muchas veces. Empezaría por comprar ropa decente; cuidaría su lenguaje, lleno de palabras de *argot*, y se haría pasar en sus gestiones por un joven provinciano venido á París, como tantos otros, á buscar fortuna. Al principio se contentaría con la más modesta posición. ¡ Ah! ¡ Si él lograra olvidar, borrar por completo su odiosa adolescencia y elevarse un poco en aquella sociedad que no conocía, pero á la que juzgaba, por instinto, dura é inhospitalaria! ¡ Si él pudiera dar la razón y hacer honor á su maestro, á su único amigo! Y en aquel momento el joven sentía, con infantil orgullo, que el tosco reloj de oro palpitaba... palpitaba .. cerca de su corazón...

¡ Ay! ¡ Qué poco basta para contrariar las mejores resoluciones! Inexperto, mal presentado

con aquella ropa de « señorito » que le embarazaba, sin recomendaciones, sin informes, Cristián encontró en todas partes, á las primeras tentativas, una acogida fría y desconfiada. « ¿De dónde viene usted? ¿Dónde ha estado usted antes? ¿Qué sabe usted hacer? » Á estas preguntas, hechas bruscamente, el joven daba respuestas balbucientes en las que se veía la mentira. Desde luego la ropería, la posada, donde había tenido que pagar una quincena adelantada, y la agencia de colocaciones, que le había también exigido dinero, empobrecieron considerablemente el pequeño tesoro de Cristián. Después, al recorrer París para ir á los sitios que le indicaba la agencia, el pilluelo de otros tiempos se sintió de nuevo poseído por su antiguo instinto de vagabundo. Procuraba colocarse, pero sin mucha prisa, y cuando salía de un almacén cuyo dueño, con la pluma en la oreja, le había respondido: « Pásese usted por aquí dentro de tres meses, » Cristián pensaba: « ¡Bah! Otra vez tendré mejor suerte, » y se obsequiaba con un día completo de vagancia, durante el cual saboreaba los íntimos goces del parisense privado por largo tiempo de su querida ciudad y en posesión de una absoluta libertad. De este modo perdió mucho tiempo y, seducido por las tentaciones de la calle, su-

cumbió á la solicitación brutal de los sentidos.

En el momento en que sus recursos estaban ya casi agotados, Cristián encontró un expediente, aunque muy miserable, para ir tirando. Fué admitido como dependiente en un bazar al aire libre, establecido provisionalmente en un solar. Pero no tenía el aplomo ni la facundia que requiere ese oficio y sus compañeros, unos camastrones llenos de experiencia, le tomaron ojeriza y se burlaron de él á causa de su cojera. Á los quince días fué despedido.

No le dieron mejor resultado otras dos ó tres tentativas y nuestro joven empezó á ver de cerca la negra miseria. Amenazado continuamente con la expulsión por el dueño del miserable desván en que vivía, Cristián se ponía en acción todas las mañanas y buscaba inútilmente trabajo. La necesidad se hacía cada vez más imperiosa y el joven se resolvió á ir á ver al industrial cuyas señas le habían dado en la Colonia, pero aquel hombre, una especie de buitre, le recibió muy mal. « Amiguito, le dijo, debió usted haber venido cuando se lo dijeron... Ahora es el tiempo de las vacaciones... Y sabe Dios qué habrá usted hecho en estos tres meses de holganza... Además, estoy harto ya de jóvenes detenidos... »

En todas partes recibía la misma respuesta:

« No hay trabajo » y el joven, queriendo hacer durar los últimos francos que tenía en el bolsillo, no comía más que pan y algún fiambre y bebía agua de las fuentes públicas.

Sin embargo, por grande que fuera su miseria, no quería desobedecer el último deseo de Simón Benoit y conservaba el reloj de oro, que era para él una especie de talismán. Todas las noches, echado en su camastro, cogía el reloj, le contemplaba con fijeza, escuchaba durante mucho tiempo su regular tic-tac y le parecía que dentro de sus tapas había algo de la vida de su pobre amigo. ¡No! El gusanillo del honor no estaba muerto!...

Una noche de invierno, á eso de las siete, Cristián Forgeat, ya sin un céntimo, se paseaba lentamente al rededor del jardín de la torre de Saint-Jacques. El joven se tentaba los bolsillos y pensaba: « ¿Dónde encontraría yo los cincuenta céntimos para pagar mi posada esta noche? Y, después, necesito algunos céntimos para comer. ¿Qué hacer? » No había comido más que un panecillo, á las doce, y el hambre le hacía cosquillas en el estómago.

Al pasar el desgraciado por la claridad de un farol, un hombre se detuvo de repente cerca de él, hizo un ademán de sorpresa y exclamó:

« ¡Calla! ¡El cojo! »

Cristián se estremeció. « El cojo » era su mote en la Colonia. Examinó al que acababa de interpelarle, le conoció en seguida y dijo á su vez:

« ¡Calla! ¡El bombo! »

Aquel encuentro contrarió á Cristián. Había tenido la suerte de no encontrar hasta entonces á ninguno de sus antiguos compañeros y hete aquí que daba con uno de los peores.

Mahurel, llamado el bombo porque en la música de la Colonia tocaba ese instrumento, procedía de una familia de criminales y había gozado en la Colonia de una especial consideración en calidad de nieto de un condenado á muerte. No todo el mundo puede tener un guillotinado entre sus antepasados y en eso consiste la aristocracia del presidio.

Cristián no había pertenecido al mismo taller que Mahurel y apenas le había tratado, pero recordaba que era un bruto perfecto. La vida libre no parecía haberle perfeccionado mucho. Con su chaqueta hecha jirones y su gorra grasienta, el tal Mahurel no tenía nada de distinguido y su cara de carnero de nariz achatada y ojos redondos, llamaba la atención, sobre todo, por su color terroso, más propio de una patata cocida que de un joven que empieza á vivir.

Después de haber examinado de pies á cabeza á

Cristián que á pesar de su miseria, estaba todavía bastante bien vestido, dijo Mahurel :

« ¡ Menudos vestidos! ¡ Un terno, un hongo, ropa blanca!... Oye, ¿ has tenido alguna herencia? Bien podías pagar unas copas.

Por instinto y como reconquistado de repente por su innoble pasado, Cristián respondió secamente, pero en lenguaje chavacano :

« Mal vienes, querido... No tengo una « mota... »

Mahurel sonrió con sorna :

« ¿ Ni una mota?... Entonces ¿ de qué te sirve haber sido prudente como un santo de palo en la Colonia y haber salido con notas de primer orden? ¿ Es posible? ¿ también los santos varones están « á la cuarta pregunta? »

— Como lo oyes, dijo Cristián, instigado por el deseo de quejarse que sienten todos los desgraciados. Ni un botón absolutamente, y sin haber yantado desde el medio día.

— Pues bien, contestó Mahurel con un eco muy ligero de lástima en su voz gangosa, yo también estoy comiéndome los codos, pero aún soy capaz de ayudar á un « compinche... » Vente conmigo al Chatelet... Tú « renqueas » un poco, pero yo estoy á partir un piñón con el señor Ernesto, el jefe de los comparsas. Te admitirá á pesar de todo

y nos sacaremos nuestro franco cada uno... Mañana no hay más que volver, si quieres... Conque ¿ hace? »

¡ Un franco! ¡ Lo bastante para pagar la posada y no morir de hambre! Cristián no tenía por qué hacer el remilgado.

« ¡ Ya lo creo que hace!... Y te doy las gracias, Mahurel. »

Cinco minutos después los dos jóvenes se reunieron en un patio cubierto de cristales, detrás del Chatelet, con un grupo de personas de blusa y llenas de jirones, á las que vino á pasar revista un viejo de bigote gris, que no era otro que el señor Ernesto en persona.

« ¡ Bueno va! dijo en tono gruñón, cuando Mahurel le presentó su amigo. Ahora me traes cojos. Abusas de que conoces un poco la función para proteger á tus amigos... Por fortuna tengo algunos buenos mozos para hacer los señores... Tu compañero casi no sirve ni para hacer un « populacho... » En fin, tú te encargarás de él... Á ver si al final del tercer acto le haces gritar como los demás : « ¡ Muera Concini... » Ya sabéis, después de la función se os pagará... ¡ Pronto! Á vestirse... »

El teatro del Chatelet acababa entonces de poner en escena un antiguo melodrama histórico cuyo

argumento versaba sobre la muerte del mariscal d'Ancre. En el cuarto de los comparsas, capaz de dar asco aun á los presidiarios, Cristián se puso un grasiento traje y, dirigido por Mahurel, representó como pudo uno de los hombres del pueblo que gritaban: « ¡Viva el rey! » al paso del joven Luis XIII y enseñaban los puños al favorito de la regente.

El desgraciado huérfano creyó haber caído de nuevo en su ignominia de otros tiempos, pues encontró otra vez en los granujas que le rodeaban las mismas caras y el mismo vocabulario del presidio.

Al final del tercer acto el señor Ernesto se confundió él mismo en la cuadrilla de comparsas.

« ¡Atención á la entrada de la reina madre! decía empujando á su gente hacia la escena... Procurad que haya conjunto, ¿eh?... ¡Abajo el italiano! ¡Muera Concini! »

La actriz á quien se dirigían estos gritos era una antigua buena moza de tipo de Juno y atractivos de nodriza, adornada como una custodia.

« Es la Armanda, dijo Mahurel al oído de Cristián, la que era tan hermosa en tiempos de Badingue... Fíjate, en el aderezo no hay nada de farsa... ¡« Diquela » ese collar, esos pendientes!... Dicen que tiene más de doscientos mil francos en

alhajas... ¡Oye, chico! Si quieres que te tomen mañana no dejes de gritar á tiempo: « ¡Muera Concini! »

Cristián cobró su franco y los días siguientes, á pesar de la repugnancia que le inspiraba su nueva ocupación, pagó su cama y unas salchichas contribuyendo á asegurar, con sus gritos sediciosos, el éxito de la conspiración política que debía librar á Francia de los intrigantes italianos y vengar al difunto rey.

Una noche, en el momento de cobrar, vió al lado del señor Ernesto un caballero grueso, con gran levita, y que sin la cinta roja que ostentaba en el ojal hubiera podido ser tomado por un revendedor de contraseñas. Su nombre y condición circularon en seguida entre los comparsas en un murmullo de temor y de respeto.

« El señor Mauduit, comisario de policía...

— ¿Y á mí qué? gruñó Mahurel en voz baja. ¿Qué nos quiere ahora este polizonte? ¿Qué tenemos nosotros que ver con que la Armanda haya perdido un pendiente? »

Á medida que aquellos hombres iban cobrando, el comisario los miraba fija y duramente á los ojos, con el aspecto de un perro de caza, y Cristián sintió un escalofrío al recibir aquella mirada. La paga terminó, á pesar de todo, sin incidente alguno.

Pero al día siguiente por la mañana, Cristián, al salir de su tugurio vió con sorpresa á Mahurel que le estaba esperando en la acera de enfrente.

El antiguo incorregible, que parecía á la vez inquieto y alegre, dijo á Cristián : « Oye y respóndeme redondamente. Creo que en ningún caso serás capaz de hacer traición á un compañero, haga lo que haga... Á un antiguo camarada que te está dando un medio de vivir desde hace ocho días...

— Puedes estar seguro, respondió Cristián. No soy ningún ingrato.

— Pues bien, esta es la cosa, continuó Mahurel. Yo soy quien ha encontrado ayer noche el pendiente de la Armanda... ¡Oh! No lo he « afanado, » palabra... Me le encontré en el suelo entre bastidores. Nadie me vió... ¡Y es de brillantes, de los buenos!... Vale muy bien dos ó tres billetes de mil francos... ¡Una suerte que ni soñada ¿eh? ¡No va á ser « juerga » la que vamos á correr los dos! ¡Yo pago!... »

Al oír aquella revelación, cuanto había de honrado en el alma de Cristián se sublevó y sin poder contenerse el joven dijo á Mahurel :

« Pero ¡cuidado!... Esa alhaja no es tuya... Más vale devolverla... te darán una propina por el hallazgo... »

Mahurel le miraba con ojos asombrados.

« ¡Devolverla! murmuró con sorda cólera. ¡Devolverla! Para que la Armanda me « largue » un peso diciéndome : « Eso está muy bien hecho, joven... » La verdad es que no te creía tan burro... Mírame, mírame bien. ¿Tengo yo cara de memo? ¡Vamos, hombre! Yo no he robado esta « chuchería » te digo. Si el otro día, cuando te morías de « carpanta » sin un céntimo en el bolsillo, te hubieras encontrado un luis en la calle, ¿hubieras ido á entregárselo al comisario de policía? Y todavía esos veinte francos podían pertenecer á algún infeliz... ¡Pero la Armanda! ¡Una antigua mujer pública, que ha ganado un coche y un hotel en el bosque de Bolonia « haciendo señores » y que tiene un cofre lleno de alhajas que hace llevar todas las noches al teatro!... Y cuando encuentro en el suelo un pendiente suyo tengo que ir á devolvérselo á cambio de una pobre propina, para que me felicite por mi honradez esa vieja farsante? ¡No soy tan « lila », querido!... El premio á la virtud no figura entre mis aspiraciones... Y después, ¡cáspita! sería muy injusto que los muertos de hambre no pescásemos de vez en cuando alguna ganga. »

Hacía muchos años que Cristián estaba acos-

tumbrado á oír aquel lenguaje, que era el mismo de Anatolio, cuando hurtó un puñado de higos en una tienda, y el de casi todos los alumnos de la Colonia, moralizados, sin embargo, por el sistema del pelotón y por el cultivo de las remolachas, *ense et aratro*.

« Después de todo, haz lo que quieras, acabó por decir á Mahurel, encogiéndose de hombros. Yo no estoy encargado de predicarte moral y no he de faltarte al secreto... Pero, dime, ¿con qué idea me lo has confiado? »

— ¡El muy ingrato! respondió el otro. Me cae de las nubes un poco de « guitá, » le convidó á correr una « juerga » conmigo, por no aburrirme solo, y eso es todo lo que se le ocurre decirme... »

Pero Cristián desconfiaba de aquel acceso de cordialidad de Mahurel, el cual acabó por añadir, con aire embarazado y mirada astuta :

« Y después que... juguemos claro... es verdad; puedes hacerme un gran servicio... Yo tengo la alhaja, bueno; pero ¿cómo la voy á « pulir? » En el Monte de Piedad desconfiarían... No hay más recurso que el tío Soldmayer, el prendero de la calle Cadet... ¡Oh! ése sí es capaz de comprar cualquier cosa, sin preguntar de dónde procede... ¡Pero es tan ladrón, el maldito judío! He hecho ya algunos negocios con él... ¡Pequeñeces que

me he « encontrado... » Es muy capaz de ofrecerme doscientos francos por un pendiente que vale, acaso, quince veces más. Sabe que yo no entiendo de esto... Entonces he pensado... pero vas á enviarme al demonio... Con Cristián la cosa sería fácil... Está bastante bien vestido y tiene buena facha... Te hubiera presentado al judío como un joven á quien su querida ha encargado de vender el pendiente... Él lo hubiera creído ó hubiera fingido que lo creía... y de todos modos hubiera pensado: « Éste no es un inocente, como Mahurel, y sabe poco más ó menos el precio de los brillantes... » Y de seguro nos hubiera « aflojado » mil quinientos ó mil ochocientos francos, de los que te hubieras guardado la tercera parte... En seguida me hubiera comprado un traje para estar tan elegante como tú, hubiéramos comido y bebido en grande y, por la noche al baile, donde no nos hubieran faltado parejas hasta por la mañana... Pero el señor tiene escrúpulos y antes que ensuciar su conciencia es capaz de dejar en el apuro á un compañero, gracias al cual hace ocho días que no come de memoria ni duerme en el asilo... ¡Oye! ¿Quieres que te diga una cosa? Temo que té vas á negar... Pues bien si así lo haces serás tan canalla como todos esos indecentes de señoritos y como

todos esos cochinos de hombres honrados... »

Durante el repugnante discurso de Mahurel, se libraba un rudo combate en el corazón de Cristián. Comprendía muy bien lo que se le proponía; que se hiciese cómplice de un robo y ayudase á vender á un encubridor el objeto robado. Pero en la colonia, en las filas del ejército del mal, se observaba religiosamente la consigna de no abandonar jamás al compañero. Por perversa que esté la juventud, conserva siempre alguna generosidad y Cristián sentía este escrupulo, este puntillo de « honor » del presidio. No se creía en el derecho de decir que no á aquel miserable á quien debía un espontáneo favor, y mucho menos tratándose de un servicio peligroso y comprometido.

« Corriente, dijo de pronto. Haré lo que tú quieras. Vamos á casa del judío.

— ¡ Choca, entonces! dijo alegremente Mahurel, ofreciendo á su amigo una mano mu-grienta. Precisamente ahí está el ómnibus que nos hace falta. Aún tengo cincuenta céntimos; yo pago la imperial. »

Media hora después, se bajaban en el *faubourg Montmartre*, en plena confusión matinal, y en la esquina de la calle Cadet Mahurel indicaba á su compañero una tiendécilla y le decía :

« Ya estamos. »

La tienda presentaba el aspecto clásico de todas las prenderías con su pintoresco desorden y su misterioso atractivo. Entre las ropas viejas colgadas á los dos lados de la puerta, figuraba la casaca de enrojecidos bordados que en los hombros de un diplomático habría figurado en las cortes de los reyes, y la guerrera destrozada de un húsar, que debía encontrarse en aquel momento en las compañías disciplinarias por venta de efectos militares. Un uniforme con palmas verdes era la única huella de inmortalidad dejada por un académico difunto y una gran trompa á lo Dampierre evocaba la idea de la caza mayor, con sus lejanas fanfarrias, la bruma de los bosques en otoño y el galopar de los caballos. En el escaparaté se veían encajes amarillentos, dos ó tres cuencos llenos de botones viejos y algunos objetos melancólicos, como miniaturas, vendidas por el valor del marco, una flauta de plata y dos ó tres condecoraciones, que expresaban poemas de miseria. Sin embargo, aquella singular exposición ofrecía una sección de cierta originalidad. En un cofrecillo de cristal brillaban algunas alhajas bastante buenas sobre las cuales se veía marcado el precio de cada una, no muy elevado, y esta inscripción « Procedente de empeño. »

« ¡Anda! » dijo Mahurel á su compañero, empujándole hacia la tienda.

Y Cristián vió en la penumbra, detrás de un mostrador, relucir una calva. Era la de Soldmayer, el cual estaba limpiando un grueso brazaletes con un retazo de franela.

Al ver á los dos recién llegados, escondió prontamente el brazaletes en un cajón, se levantó y salió al encuentro de los jóvenes. No tenía absolutamente el aspecto ni la cara de un predero. Era un judío regordete, de palidez escrofulosa de unos cuarenta años, con patillas muy negras y un cráneo como una bola de billar, y estaba correctamente vestido con un traje de buen corte. En su chaleco brillaba una magnífica cadena y un buen brillante en su corbata, y sobre su nariz aguileña cabalgaban unos anteojos de oro. Por su aspecto, no hubiera estado fuera de lugar entre las columnas de la Bolsa.

« ¡Ah! ¿Es usted, Mahurel? dijo con voz melosa, examinando con desconfianza á los visitantes. Á este joven no le conozco. ¿Qué les trae por aquí? »

Entonces Mahurel, sin decir el nombre de Cristián, empezó á contar su fábula en el acostumbrado lenguaje.

« Aquí tiene usted un joven por el que está

« chiflada » una entretenida de alto copete... ¡Un bocado de príncipe!... Todo lo ha perdido por él y « pule » sus alhajas poco á poco... El otro día le tocó el turno á un pendiente de brillantes « de buten... » Y ahora no quiere hacer lo mismo con el otro, esto es, llevarlo « á casa de la tía » y vender la papeleta, porque no dan nada... Así es que... »

Soldmayer le interrumpió con una risa forzada.

« Todo eso son trapisondas, dijo bruscamente. Esa mujer hubiera venido ella misma... Pero no importa. Enseñadme el objeto y daré á ustedes un precio... razonable. Solamente que es preciso olvidar lo convenido. Después de hecho el negocio no conozco á ustedes ni les he visto en mi vida... »

Cristián, al que Mahurel había dado á guardar el pendiente envuelto en un papel, le sacó del bolsillo y le presentó al judío, al mismo tiempo que brotaba de su piel un sudor de vergüenza. Su intervención en este asunto le parecía muy culpable y le daba horror.

Cerca del escaparate, para ver mejor, Soldmayer examinó durante dos largos minutos el pendiente y dió vueltas en todos sentidos á los brillantes, que despedían vivas luces. En seguida pronunció lentamente esta cifra :

« Trescientos. »

Mahurel dió un salto.

« Eso es chanza, ¿verdad?... Pero ha de saber usted que á mi amigo no puede « dársela » tan fácilmente... conoce los precios de las alhajas... ¡Trescientos francos! No hablemos más... Media vuelta y al Monte.

— En el Monte de Piedád, dijo el judío con apresuramiento, hay que enseñar documentos, dar señas... De seguro que no van ustedes... Pero, en fin, yo soy buen muchacho y daré todo lo posible. »

Entonces empezó un fastidioso é innoble regateo entre el ladrón y el encubridor. Mahurel aventuró la cifra de mil francos, pero el judío soltó, al oírla, una carcajada homérica. El ratero desplegó entonces toda su elocuencia, fingió la cólera y trató de convencer al judío con zalamerías.

— ¡Vamos! sea usted amable con sus buenos amigos... Nos contentaremos con ocho azules...

Pero Soldmayer, imperturbable y con los ojos fijos en la alhaja que brillaba en su mano, repetía de cuando en cuando :

« Cuatrocientos... Cuatrocientos... Ni un céntimo más. »

Cristián permanecía mudo y consternado á pesar de las furiosas miradas de reojo que le asataba Mahurel. ¿Por qué había consentido en ir

allí? Y muy cerca de su corazón, alterado por la repugnancia y por el remordimiento, sentía palpitár el reloj de Simón Benoit.

— ¡Vamos! llegaré á los quinientos francos, dijo Soldmayer como haciendo un esfuerzo.

Y Mahurel, cuyas fuerzas estaban ya agotadas, consintió por una mueca violenta.

Cristián vió entonces que el prendero se dirigía al rincón más oscuro de la tienda, separaba unos trapos, descubría una caja de hierro incrustada en la pared y la abría con precaución. En la tabla inferior, al lado de la cartera de cuero verde de la que el judío tomó unos billetes, había un revólver preparado para un caso de ataque repentino en el momento de abrir el mueble secreto. Cristián sintió al ver esto que un intenso escalofrío le recorría la espalda produciéndole una sensación casi dolorosa, y tuvo el presentimiento de que nunca, jamás olvidaría aquella caja de acero brillando en aquel rincón tenebroso, aquella arma preparada, aquella cartera repleta con el producto de tantos robos.

La caja de hierro se cerró de repente y en seguida Cristián se encontró en la calle, conducido por Mahurel que arrugaba en la mano los billetes de banco.

« Peor para ti, Cojo, murmuró el ratero en tono

de rencor. Te he prometido la tercera parte, pero no te doy más que cien francos... y soy todavía muy tonto. ¡Para lo que me has servido! La alhaja vale seis veces más de lo que ha pagado ese maldito judío y si tú hubieras querido despegar los labios... »

Pero Cristián rechazó la mano que le ofrecía el billete de cien francos. El tic-tac del reloj le resonaba violentamente en el pecho, como si hubiera sido una suprema advertencia de su honrado amigo.

« Todo para ti, Mahurel, dijo retrocediendo. No quiero ese dinero. Guárdatelo... y adiós.

Y dejando estupefacto á su amigo, atravesó rápidamente la calle, á pesar de su cojera, y desapareció entre la multitud.

Durante cuatro años Cristián Forgeat, el huérfano, el antiguo penado, vivió del mismo modo sin desfallecer, ganando el pan como podía, en las ocupaciones de la calle, como los gorriones de invierno, que buscan su alimento en las basuras. Tuvo que renunciar á su aspiración de encontrar un empleo de oficina, porque no tenía buena letra, condición tan esencial para estos trabajos que el mismo Napoleón, cuyos autógrafos son indescifrables, no hubiera podido ser empleado

de un fielato de consumos. De poca salud, algo lisiado y sin grande energía, Cristián no podía ya explotar más que su tiempo y el día de trabajo de un hombre sin oficio no vale casi nada. Y todavía se consideraba feliz cuando podía alquilarse, vender sus horas. Naturalmente sólo hacía trabajos de los que puede realizar cualquiera. En los tórridos veranos, en los helados inviernos, distribuía prospectos en las plazas públicas ó vendía juguetes de bajo precio.

Además no tenía suerte. Dos ó tres veces obtuvo plazas fijas; una de vendedor en un almacén de ropas hechas y otra de mozo de recados en casa de un agente de negocios. Pero el comerciante hizo quiebra y el agente fué preso por trapiondista. Cristián volvió, pues á caer en la miseria, á pasar las noches en las siniestras casas de dormir y á comer, y eso no siempre, en los mal olientes bodegones.

Las personas con quienes tenía trato en aquel fango no podían ser más que pordioseros, pillos y, de vez en cuando, algún antiguo colono de la Meseta, francamente convertido en ladrón. Desmoralizado ya, ni siquiera evitaba su encuentro y respondía á sus familiares saludos con un apretón de manos, tras del cual la amistad se reanudaba con una copa de vino pagada por el bandido.

Cuando alguno de éstos le refería su último « golpe » jactándose de su mala acción, Cristián no sentía ya repulsión alguna y hasta acogía la confianza con una sonrisa de aprobación. Sus últimos escrúpulos de honradez se disipaban. La vida le resultaba espantosa, el mundo duro y la sociedad implacable. Su espíritu se inclinaba ante las malas tentaciones y era milagro ya que no hubiera caído en el abismo del crimen, puesto que marchaba por el mismo borde.

Cuando encontraba alguna ganga, muy raras veces, y tenía en el bolsillo un poco de dinero, lo gastaba en la más violenta y lamentable disipación. Aquel joven de veinticinco años, de fisonomía fina y dulce, bien formado á pesar de su cojera, y que en medio de la miseria había siempre atendido, por delicadeza natural, al cuidado de su persona y á la limpieza de su ropa, no conocía otro amor que el que se encuentra por las calles.

El reloj de Simón Benoit no palpitaba ya al lado de aquel corazón cada vez más endurecido por la miseria. La pobre alhaja estaba empeñada hacía mucho tiempo. Sin embargo, Cristián, por un piadoso recuerdo, se había siempre procurado los céntimos necesarios para renovar el empeño y llevaba siempre en una mugrienta cartera la

papeleta del Monte. Y en los peores momentos de su existencia miserable, cuando la cólera le subía al cerebro, creía aún sentir en el pecho un misterioso latido de amonestación y de advertencia.

VIX

En aquella abrasadora tarde de
que hemos visto á Cristián forzar
cristianamente el agua del S.
puente del Diable, el desgraciado se en-
ya sin valor.
Hacia ocho días que buscaba un trabajo
pues, sin haber podido encontrar nada, absolu-
tamente nada, en el París abandonado y muerto
del verano. Aquel joven, casi decentemente vesti-
do y con camisa limpia porque la planchadora le
concedía un cuarto crédito, estaba en águilas á
las cuatro de la tarde y no tenía absolutamente
ni un céntimo. Durante y tambaleándose de inani-
ción por el laberinto de callejuelas que rodean la
iglesia de Saint-Servais, vió que un muchacho
que salía de la escuela arrojó un mendrugo de pan
al arroyo y Cristián le recogió y le devoró, con